

PRÓLOGO
THIS IS THE END

Yo seré el siguiente en morir.

Durante un eterno momento, pareció hacerse un imposible silencio en el atestado café de la *rue* Beautreillis.

Pero quizá solo fuera una ilusión.

Quizá esas palabras solo las escucharon unos cuantos.

Y puede que solo silenciaron a unos pocos.

Porque aunque el verano apenas había empezado, esa noche de junio de 1971 era muy calurosa, y el Beautreillis estaba a rebosar.

Hippies, *rockeros* y modernos se seducían, ignoraban, amaban y enemistaban entre vasos de vino, copas de *champagne* y jarras

de cerveza, en un ambiente difuso de alcohol ingerido, luz de candela trémula y la niebla densa de Gitanes y Gauloises que cargaba la atmósfera.

Voces y risas, gritos alegres, charlas risueñas de guiños y flirteos se inmiscuían en conversaciones a media voz sobre filosofía, literatura y existencialismo; airadas discusiones sobre política, activismo y el futuro del mundo, y cómo los jóvenes podían y debían cambiarlo todo: Vietnam, la Guerra Fría, el futuro de Europa...

Largas melenas y cortos flequillos, espesas barbas y peinados *garçonne*, mostachos y patillas... Cada vez más, camisas de chorreras, trajes de chaqueta y zapatos de plataforma. Cada vez menos, pantalones de campana, camisetas *batik* y sandalias de cuero... Los tiempos estaban cambiando.

—Ellos tenían veintisiete años, y yo tengo veintisiete años también.

Pero en ese *maremagnum* de risas, ruidos, cantos y gritos, una voz destacaba entre todas ellas. Una voz grave y tranquila, potente y contenida, sensual y poderosa.

—Primero fue Jimi y luego, Janis.

La voz venía de un oscuro rincón del café donde, esta vez sí, se había hecho el silencio.

Una decena de personas se encontraban sentadas en corro, alrededor de una mesa llena de vasos que ahora nadie tocaba.

Con miradas preocupadas y gestos compungidos, todas ellas se espiaban de reojo o clavaban su vista en el suelo, sin atreverse a seguir fumando, bebiendo o a cruzar sus ojos con los del hombre que hablaba.

—Incluso sus nombres también empezaban por «J».

Entre todas esas personas silenciosas, solo una estaba acomodada en un soberbio sillón. La mujer rubia que le acompañaba, llamada Pamela, puso suavemente una delgadísima mano sobre su ancho brazo.

El que hablaba era un hombre grande, corpulento y velludo.

Ropa vieja, gastada y pasada de moda.

Una espesa barba.

Una melena salvaje.

Y sus ojos cubiertos por unas gafas de sol que ya nunca se quitaba.

Un hombre que, sin inmutarse, indiferente a sus propias palabras, y al efecto que estaban teniendo sobre su público, sencillamente proclamó:

—Jim Morrison será el siguiente en morir.

PEOPLE ARE STRANGE

La gente es extraña». No lo digo yo, aunque, por otro lado, lo encuentro totalmente cierto. Lo dice un tal Jim Morrison, mientras berrea como si le estuvieran torturando, entre un escándalo sonoro tal, que parece que una pandilla de monos hubiese invadido una tienda de instrumentos musicales.

Como podréis imaginar, personalmente no aprecio mucho al tal Jim, ni a sus alegres amigos.

¿Por qué le estoy escuchando, entonces?

Porque no hace ni cinco minutos me encontraba absorto en la lectura, en mi sillón favorito, a mi hora preferida del día.

Todo era perfecto, porque, además, me encontraba releendo por décima vez la par-

te más interesante de *San Manuel Bueno, mártir*, de mi adorado don Miguel de Unamuno, justo en el episodio más emocionante y tenso: cuando don Manuel está a punto de morir.

Y en ese momento, el maldito Jim Morrison y su banda de estrellas *rockeras* se ponen a tocar a toda pastilla en la habitación de Julia, justamente debajo de la biblioteca donde me encuentro.

Imposible seguir leyendo.

Pero soy un hombre de recursos y sé que tengo varias opciones.

Puedo taparme los oídos con algodón.

Puedo cerrar puertas y ventanas.

Puedo irme a otra habitación.

Incluso puedo dejar de leer.

Pero no haré nada de eso. Voy a hacer otra cosa, aunque supone un sacrificio supremo. Un esfuerzo denodado.

Supone perder algo que he tardado horas en conseguir, y que esperaba poder mantener todo el día. Algo tan importante como...

Esta postura.

Hay quien puede pensar que hablo de algo no tan fundamental. Pero como el buen

lector, televidente, cinéfilo o melómano sabe, nada hay tan absolutamente imprescindible para disfrutar como *esa* postura.

Esa postura, sentado, reclinado o tumbado, en la que puedes tirarte toda la mañana, tarde o noche sin moverte un centímetro, y que te permite disfrutar de verdad de un libro, programa, película o disco.

Una postura que solo se consigue tras horas de concentración y esfuerzo, que debe mantenerse trabajosamente mediante una inmovilidad total, que evite alterarla un ápice.

Una postura que me ha costado horas conseguir, y que voy a perder por culpa de Julia y sus malditos Doors.

Tres, dos, uno y...

Me muevo.

El sacrificio está hecho. Y ahora, viene la recompensa.

Porque la razón para moverme es que voy a estirar mi brazo y coger algo.

Es largo, pesado, pulido y brillante. Es un instrumento de hermosa madera de nogal barnizado. Tiene forma de Y griega. En su parte superior, presenta una parte acolchada, forrada en piel. Y en su extremo inferior, un taco de goma.

Es una herramienta que me lleva acompañando desde que era un niño, y es prácticamente una parte de mí, una extremidad más que la mayoría de vosotros no tenéis.

Es una muleta.

Una muleta que alcanzo tras realizar el supremo sacrificio de perder mi sagrada postura (lo que me ha molestado mucho).

Una muleta que sopeso después de que Jim Morrison interrumpiese mi descanso (lo que me ha irritado indeciblemente).

Una muleta que levanto en el aire después de que Julia haya pulsado el botón de reproducción de su tocadiscos (lo que le tengo dicho que no haga cuando estoy leyendo).

Una muleta que descargo una y otra vez, con todas mis fuerzas, sobre el suelo de madera, haciendo retumbar toda la casa con sonoros golpes, hasta que la música...

Cesa.

Ay.

Uno de cuyos significados es: qué a gusto me he quedado.

Pero lo cierto es que mi tranquilidad no dura mucho.

Antes de que me diese tiempo a encontrar la página por la que me había quedado, otros golpes resuenan por el pasillo.

Cada vez más fuertes.

Son pasos.

La puerta se abre como si la hubiesen arrancado de sus goznes. Alguien entra y se sitúa en medio de la habitación, golpeando el suelo impacientemente con el pie.

—Hora del paseo matinal.

Dejadme que os presente a Julia.

Julia es la hija de la cocinera, y tiene mi edad. Su labor es colaborar en casa limpiando, cocinando y ayudándome, y lo cierto es que es lo más parecido a una amiga que tengo. También es la única persona de mi edad que conozco.

—He dicho que fuera —insiste.

Quizá Julia y yo nos conocemos desde hace demasiado tiempo. En cierta manera, somos como hermanos, y, por eso mismo, nos llevamos bastante mal.

—No quiero salir. Estoy leyendo —le respondo sin mirarla, porque sé que quiere que la vea enfadada y cruzada de brazos.

Entre las labores de Julia, está sacarme a pasear por el jardín, cosa que yo odio (pre-

fiero quedarme en la biblioteca leyendo) y ella adora, porque sabe que me fastidia, y que solo puedo ir a donde ella me lleve.

—Vamos de paseo, o hablo con tu madre —sentencia.

Golpe bajo.

Me giro a mirarla, aún con el libro entre las manos. Lo más llamativo de Julia es su larga melena rubia, que últimamente se ha dejado crecer casi hasta la cintura, y sus ojos azules, grandes y luminosos.

Desde que era pequeño, destinaron a Julia a hacerme compañía. Hemos crecido juntos, jugado juntos, estudiado juntos, durante toda la vida, y precisamente por eso... no nos soportamos.

Por mi parte, debo decir que todo fue a peor cuando Julia conoció, por las revistas, el pop, el rock y otras formas de perder el tiempo. Porque empezó a escuchar música insoportable, a teñir su ropa de colores, dejó de peinarse como es debido y empezó a caminar descalza por todas partes. Creo que lo llaman... ser *hippie*.

Y ahora, perdonadme, pero ha abierto la boca y creo que no quiero oír lo que va a decir, así que cojo la muleta...

Y pierdo mi sagrada postura definitivamente.

—Si no hay más remedio...

* * *

—¿Estás loca? ¡Para! ¡Para!

Veréis: es difícil susurrar gritando.

Y mucho más gritar susurrando.

De hecho, es casi un contrasentido, y si habéis leído tanto como yo, sabréis que es una figura literaria llamada oxímoron.

Y sin embargo, es lo que estoy haciendo. Porque quiero que Julia frene, sin que toda la casa se entere de lo que está haciendo.

—¡El que se está volviendo loco, de tanto leer, eres tú!

—En serio, Julia. ¡Para!

El pazo donde siempre he vivido es una antigua construcción señorial, de altas ventanas, anchos muros y largos pasillos. Ahora mismo, estos pasillos largos son un gran problema.

Porque lo que está haciendo Julia es empujar mi silla de ruedas, a toda velocidad, por una de las galerías más largas de la casa. Un corredor lleno de antiguas (y caras) me-

sitas llenas de antiguas (y caras) antigüedades, lámparas y (caros) objetos varios.

Como veis, Julia tiene una idea desproporcionada de lo que es la venganza, y no se ha tomado muy bien mi sugerencia de que bajase la música.

— ¡Ni hablar! Y ¡agárrate, que vienen curvas!

— ¡No, cuidado!

La *curva* a la que Julia se refiere no es una curva, en realidad. Es un giro de noventa grados en toda regla. Me agarro fuertemente, mientras noto como ella clava el pie con todas sus fuerzas en el freno derecho, y la silla se inclina peligrosamente.

Durante un momento, todo ocurre muy lentamente, y creo que voy a salir disparado contra la pared de enfrente, donde, por cierto, hay un óleo indiano barroco. Muy caro.

Y por los pelos, rozando levemente la esquina, la silla gira y continúa su camino.

Pero, ahora, mi preocupación aumenta, porque entramos en el ala derecha de la casa, y eso me preocupa. Porque es donde trabaja mi padre. Y prefiero estrellarme contra una pila de caros cuadros barrocos antes que incordiar un ápice a mi padre.

Hablo con la voz más seria que tengo:
—Julia. En serio. No podemos molestar
a mi padre.

Pero ella acelera.

—Ahora no voy a parar. ¡Viene el pasillo más largo!

—Vale, Julia. —Estoy empezando a asustarme—. Se acabó la bro-

—¡Allá vamos!

La velocidad de la silla se incrementa con cada zancada que da, y también su inestabilidad. Acabamos de rozar una silla. ¡Otra!

Julia ríe, pero yo no tengo ninguna gana, porque eso que veo al final del pasillo es el despacho de mi padre.

—Julia —insisto.

Pero ella continúa acelerando.

—Así aprenderás a no-

—¡Julia! —grito susurrando.

—Vaaale.

De un salto, Julia pone todo su peso sobre los frenos.

Pero algo va mal.

Clonk.

El mecanismo de freno se ha partido.

—¡Ay!

Noto un nuevo empuje hacia delante. Miro atrás y veo a Julia cayendo: ha perdido el equilibrio y se ha soltado.

Y ahora voy a toda velocidad, por el pasillo y sin frenos. La puerta del despacho de mi padre se acerca peligrosamente. Trato de agarrar los aros de empuje, pero se resbalan entre mis manos, y lo único que consigo es que la silla zigzaguee peligrosamente por el pasillo.

Rozo una mesa, golpeo una silla, casi derribo una lámpara, mientras calculo mentalmente cuánto pueden valer, y a cuánto está el cambio actual entre pesetas y días de castigo.

Y esa maldita puerta no hace más que acercarse.

—No, no, no... —digo entre dientes. Ya sé que decir que no en mi situación tampoco es muy original. Pero ¿qué podríais decir vosotros?

Y más cuando estoy a un par de metros de esa puerta.

Casi sin saber cómo, hago lo único que se me ocurre: bloqueo los aros de empuje con las manos, mientras dejo que la silla gire violentamente a la derecha.

Y funciona.

O casi. Porque me detengo, sí..., pero la fuerza centrífuga ha puesto la silla sobre dos ruedas. Voy a caer de lado, así que desplazo todo mi peso a la derecha. Por fin, y tras cimbrarse un poco, la silla se detiene.

Suspiro de alivio.

Clack.

Otro chasquido. Pero este es el de la puerta del despacho de mi padre abriéndose.

No me pidáis que sea original aquí:

Oh.

No.

Por la puerta, aparece el serio coronel de Intendencia del Ejército de Tierra don Ricardo de Castrelos, de serio uniforme y con una seria e importante carpeta caqui debajo del brazo.

Permitidme que detenga el tiempo un momento para contar que don Ricardo (a quien siempre he llamado «padre» y solo «padre»), como podréis imaginar, es un hombre serio.

Como serios son su uniforme, sus zapatos, sus condecoraciones, su engominado peinado hacia atrás y su intachable bigote: ágil, atlético y lo más parecido a un hombre de

acción que jamás se sentara en un sillón de intendencia.

Mi padre rara vez está en casa, pues su trabajo le obliga a permanecer largas temporadas en el cuartel, a viajar con frecuencia y a asistir a reuniones, consejos y cenas de estado.

Y ahora, perdonadme; no tengo más remedio que dejar andar el tiempo de nuevo..., porque me ha visto.

Aunque seguramente va pensando en sus serias cosas, porque parpadea y, por un momento, no dice nada, como si no esperase verme allí.

No le culpo: yo tampoco esperaba verme allí.

Por fin, habla:

—Hum. —En su boca, eso es casi un discurso. Parpadea y continúa—: Buenos días, Jaime. ¿Todo... bien..., hijo? Quiero decir... ¿Necesitas... algo? ¿Puedo hacer...?

—Todo bien, padre. Gracias —remato, para acabar con un momento que a ninguno de los dos nos está haciendo disfrutar demasiado.

Mi padre, visiblemente incómodo por encontrarse a su hijo sin que este siguiese los

canales burocráticos militares habituales para pedir audiencia, asiente ligeramente y se aleja por el pasillo, pensando en cosas serias.

Acabáis de presenciar la conversación más larga que hemos tenido en años.

Lanzo un suspiro de puro alivio y miro atrás.

Julia sale de la habitación donde se había escondido, blanca del susto.

* * *

Cuando, por fin, volvemos de nuevo a la biblioteca, lo primero que hago es coger mi muleta y desplazarme hasta el sillón.

Me siento, dispuesto a buscar *esa* postura de nuevo.

Pero Julia no se va. Obviamente, quiere decir algo, y obviamente, yo no quiero oírlo.

— Yo solo quería...

Pero no le voy a dar el gusto:

— Ya lo sé, Julia. No pasa nada.

— Nunca... sales de aquí, tienes que divertirte un poco... — insiste.

— Me lo paso muy bien aquí.

—Deberías... tener más emociones, aventuras, vivir una...

Cierro mi libro con un golpe seco para indicarle que me molesta que siga ahí, hablándome.

Le clavo la mirada, con lo que espero parecer amenazador y resolutivo, y le señalo con mi muleta la inmensa estantería y los cientos de libros que contiene la biblioteca.

—Julia. Aquí tengo todo lo que necesito. Emociones, vivencias, aventuras y experiencias. Sin salir de mi biblioteca. Sin peligros e incomodidades. Sin locas que me lleven de un lado a otro. Y ahora, por favor —abro mi libro de nuevo—, déjame leer.

Los pasos se alejan muy fuerte, lo que quiere decir que Julia ha captado el sutil sentido de mis frases.

Y, con deleite, observo que casi por casualidad, o por pura fortuna, he caído sobre mi sillón en mi postura favorita.

Así que abro *San Manuel Bueno, mártir* y busco dónde lo había dejado... Ah, sí.

«Pero ¿es que los he perdido? ¿Es que he envejecido? ¿Es que me acerco a mi muerte? ¡Hay que vivir! Y él...».

¡Por cierto! Os pido disculpas. Ahora caigo en la cuenta de que no me he presentado.

Lo más relevante sobre mí es que no he salido de casa en toda mi vida. No sufro mucho por ello, no os engañéis. Lo prefiero así.

Así pues, me llamo Jaime, tengo casi quince años y lo único que quiero en la vida es que me dejen tranquilo.

Cosa que es bastante más difícil de lo que parece.

Porque The Doors vuelven a retumbar en la habitación de abajo.

Reposo absoluto y calmantes. Quizá os expliquéis mejor lo que acabo de contar si os digo que estoy enfermo. No es algo exactamente mortal, pero sí que me ha dado una vida bastante distinta a la de cualquiera de vosotros.

Y antes de que os paséis de listos, no os envidio en absoluto.

Ay.

Perdonad. Es lo que se suele decir (el ay, no el perdonad) cuando te sacan una aguja hipodérmica de un palmo de larga del muslo (obviamente, antes tuvieron que introducirla, con lo cual, hubiese dicho de nuevo *ay*, pero he creído mejor ahorrarnos ese desagradable momento y empezar a hablar un poco más tarde).

Como iba diciendo...

—Y ya iremos viendo si hay mejora.

Mmm..., creo que antes es mejor que os explique quién acaba de decir eso, porque también es el responsable de gran parte de mis dolores y, supuestamente, de mis alivios.

El hombre de escasa cabellera (es un eufemismo, palabra que quiere decir que su cabeza es como una bola de billar) que está introduciendo todo tipo de instrumental médico en una bolsa de cuero negro se llama Doctor Couto.

No creo que lo de «doctor» se lo pusieran en su bautizo, y aunque seguramente no habéis leído tanto como yo, sabréis que «doctor» no es su nombre; ni siquiera es un apodo, apelativo o mote, sino su profesión.

Ignoro cuál es su nombre de pila, aunque tampoco es muy relevante. «Doctor» es mucho mejor para hacernos una idea de lo que da de sí este hombre, ¿no creéis?

En cualquier caso, el doctor Couto es mi médico desde hace años, y la persona que trata mi «enfermedad» desde entonces. Y lo entrecomillo porque yo, realmente, sé que no estoy enfermo. Estar enfermo es de enfermos. Y yo ni lo soy ni lo estoy.

Por eso, simplemente os diré que una de mis piernas no es tan fuerte como la otra, y apenas si sostiene mi peso, por lo que debo andar apoyándome en una muleta.

Nada del otro mundo, si lo pensáis dos veces. O tres, incluso.

—Vendré en unos días a comprobar su evolución.

¿Verdad que dice cosas de médico?

En cualquier caso, el doctor Couto y mi madre (pronto llegaremos a ella, paciencia) sí que piensan que estoy enfermo; y no solo eso, sino que creen que incluso podría empeorar. Yo lo dudo con bastante fuerza, y hasta con energía, pero nadie parece creerme demasiado.

Tampoco es que me hagan mucho caso en otras cuestiones, pero eso es otra historia.

—Mi pobre niño...

Eso, que no suena en absoluto a médico, sino más bien a madre, lo ha dicho... ¡bingo!, mi madre.

Se llama Clara y tiene unos cuarenta y cinco años, aunque a ella le gusta decir que los sufrimientos le hacen parecer más vieja. Se escapa a mi comprensión por qué a alguien le gusta decir esas cosas, pero es así.

Mi madre era maestra de escuela, pero dejó su oficio cuando enfermé, poco después de nacer.

Desde entonces, ha dedicado su vida a tres cosas. Una es acompañar a mi padre a actos públicos y cenas de gala, de las cuales trata de escabullirse lo antes posible para venir a casa a cuidarme.

Otra, entre un rato cuidándome y otro rato cuidándome, se dedica a sacar brillo, y colocar de formas geoméricamente perfectas, a decenas de pequeños objetos carísimos que se pueden caer y romper demasiado fácilmente cuando alguien pasa al lado en silla de ruedas a cien mil kilómetros por hora.

Y no quiero oír ni un comentario al respecto.

Y finalmente, como podréis imaginar si tomáis verdura fresca y hacéis ejercicio regularmente, la actividad principal en la vida de mi madre es cuidarme. Con tanto ahínco, interés y dedicación que llegó a cursar estudios de Enfermería para poder atenderme en casa, sin depender de ninguna otra persona, salvo, por supuesto, del doctor Couto, una eminencia en su campo, y también en el de golf.

A tanto llegó el encono de mi madre por cuidarme que decidió dedicar parte de nuestra casa a construir un hospital.

No uno de esos con doce pisos y cuarenta habitaciones por planta, lo que hace un total de cuatrocientas ochenta habitaciones (por si os da por pensarlo), sino tan solo un par de estancias: una de ellas para material médico y la otra, una habitación con cama y el más reciente equipo electrónico, por si algún día empeoro súbitamente o, supongo, por si quieren arreglar una televisión.

Es aquí donde nos encontramos ahora mismo: en una de esas salas de color a) verde azulado o b) azul verdoso con armarios de acero inoxidable, llenas de objetos de acero inoxidable con ese escalofriante brillo, textura, color y sonido del acero inoxidable, que, sin importar su limpieza, los hacen parecer instrumentos de tortura medievales de, bien pensado, chicos, estáis muy atentos, acero inoxidable.

Y sí, huele como os imagináis.

Es en esa habitación, pues, donde me encuentro, frotándome el muslo después de que el doctor Couto haya usado su arma, perdón, su instrumento favorito conmigo: la

jeringuilla tamaño industrial; mientras recita, de nuevo, las recomendaciones que llevo oyendo durante años, entre ellas:

—Trata de andar lo menos posible.

Iba a decirle que sus palabras no iban a frustrar mis planes de correr los cien metros lisos en Múnich el año siguiente, pero preferí decirle:

—Puedo andar bien con la muleta —con el tono inmaduro y adolescente que esperaban de mí.

—Cuanto más esfuerzos hagas, más tardarás en curarte —sentenció con voz doctoral.

—Haz caso al doctor, cariño —dijo maternalmente mi madre.

Con cuidado, me levanto y me encamino hacia la silla, que empieza a mover una de nuestras sirvientas, cuyo nombre es inútil dar, porque dudo que vuelva a salir de nuevo en esta historia.

Entonces, ocurrió algo que nunca había ocurrido antes, o al menos que yo me diese cuenta.

Mientras la sirvienta sin nombre giraba la silla para sacarme de la habitación, estaba teniendo lugar una escena familiar: mi ma-

dre y el doctor cuchicheaban, mirándome de hito en hito sin sonreír demasiado, y negando ocasionalmente con la cabeza, algo que, para entonces, ya no me importaba mucho.

Mi madre había comenzado a limpiarse las lágrimas, cuando le oí decir algo que nunca pensé que le hubiese preocupado.

—Entonces, doctor... ¿podrá salir de casa algún día?

Con disimulo, le hice un gesto a la sirvienta anónima para que se detuviese.

El doctor Couto miró a mi madre, sorprendido. Tosió un par de veces, arreglándose las para que su tono sonara, aunque no lo creáis, de lo más doctoral, y dijo:

—Señora de Castrelos. Es una enfermedad crónica y degenerativa. Si Jaime evita exponerse al exterior, guarda suficiente reposo y se aleja de cualquier esfuerzo, quizá pueda vivir con cierta comodidad unos años.

—¿Cuántos, doctor? ¿Y después? —El tono de mi madre se había rajado de una forma que me hizo daño en el pecho.

—Es... difícil de decir. Pueden ser años. O menos. Ha de ser fuerte, Clara.

* * *

A mitad del pasillo, detuve a Adelaida (como he hablado de ella cuatro veces más de lo que esperaba, a estas alturas creo que se merece un nombre) y le pedí mi muleta, pues quería seguir caminando solo.

Cuando ella se fue (adiós, Adelaida, no creo que te volvamos a ver), caminé por el pasillo hasta llegar a mi biblioteca.

Me acerqué a uno de los grandes ventanales, desde donde podía verse, en la lejanía, la ciudad. Estaba apenas a unos kilómetros y nunca la había visitado. Mas allá de la ciudad, habría otras ciudades. Más lejos todavía, habría otros paisajes, ríos, mares.

Pensando en mi madre, traté de sentir curiosidad por todo ello. Pero la verdad, y estoy siendo totalmente sincero, no lo conseguí.

Por un lado, porque creo firmemente que uno no echa de menos lo que nunca ha tenido.

Y yo nunca había tenido ninguna vivencia en ese mundo exterior. Y dudo que fuese a tenerla.

Y, por otro lado, porque en la magnífica biblioteca que tenía ahora ante mí había decenas, centenas, miles de miradas a ese mundo de fuera.

Y no solo eso: tenía televisión, música, incluso un proyector de cine que mi padre trajo de uno de sus viajes.

Sé pocas cosas de primera mano del mundo exterior, pero entre ellas, puedo afirmar una muy clara:

La realidad nunca será tan interesante como un libro o una película.

Así que prefiero mil veces quedarme en mi biblioteca y experimentar el mundo inventado que los grandes escritores, poetas y cineastas han creado para que todos podamos experimentar alguna emoción.

Y salir así del aburrimiento cotidiano de cualquier vida, proyectando esas emociones en la llamada «vida real».

En estas cosas tan alegres pensaba, mientras cogía la siguiente novela que me disponía a leer: *Del sentimiento trágico de la vida*, como imaginaréis, de don Miguel de Unamuno, cuya compañía y consejo deberíais frecuentar.

Pero antes, un sonido me hizo girar la cabeza, y esta vez, lo que vi estaba mucho más cerca: apenas a unas decenas de metros.

En el jardín, Julia bailaba completamente sola.

Sin música, sin instrumentos, sin compañía.

Abandonada a un sonido que solo existía en su cabeza.

Cada vez me sentía más lejos de entenderla.

Así que me senté, y me dispuse, no solo a leer, sino a algo igualmente fundamental.

A encontrar *esa* postura.